



MIKE  
HAMMER

La gran matanza

*Mickey Spillane*

La lluvia golpeaba las ventanas del bar. Mike Hammer estaba enojado y quería que lo dejaran solo. Pero cuando ve a un tipo desesperado abandonar a su hijo —casi un bebé— en un bar, y salir corriendo, el estado de ánimo de Hammer empeora, y cuando sale a la calle y ve que lo acaban de asesinar, sabe que tendrá que abrirse camino a través de un mundo de matones, para descubrir cómo un ex convicto reformado se desespera lo suficiente como para morir así. Lo que Hammer no sabe es qué papel jugará una mujer hermosa y cuántas balas harán falta para hacer justicia.

## CAPÍTULO 1

**E**ra una de esas noches en que el cielo se desploma y se envuelve alrededor del mundo. La lluvia arañaba las ventanas del bar como un gato furioso que intentaba colarse dentro cada vez que algún borracho entraba por la puerta. El bar apestaba a cerveza rancia y a la ropa húmeda de tipos que llevaban la suficiente colonia barata para revolverte el estómago.

Dos borrachos sujetaban una moneda y discutían sobre qué poner en la máquina de discos, hasta que una especie de patata enfundada en un vestido que le iba estrecho un año antes apretó el botón e hizo sonar algo ruidoso y picante. Uno de los borrachos quería bailar y ella lo empujó. Prefirió bailar con el otro borracho.

La patata me vio, sentado en un taburete junto a la máquina de tabaco, con el cambio de cinco dólares en la barra, decidió que con aquello podría pagar una velada remojada para dos y vino hacia mí, meneando las caderas de una manera que me decía hola.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad?

—No. Llevo aquí desde las seis.

—¿Me invitas a una copa? —se abalanzó sobre mí, como si quisiera comprobar cuánto cuerpo era capaz de pegar contra mis piernas.

—No —se sorprendió y dejó de restregarse.

—¿Los caballeros no invitan a copas a las damas?

Intentó bajar los párpados seductoramente, pero uno bajó bastante más que el otro y se le puso cara de estúpido.

da.

—No soy ningún caballero, nena.

—Yo tampoco soy una dama, invítame a una copa.

Así que le invité a una copa. Al final de la barra un idiota en un abrigo del ejército de segunda mano estaba empezando a mosquear al camarero porque estaba alargando el último trago, reacio a marcharse bajo la lluvia, así que también le invité.

El camarero recogió las monedas con mala cara.

—Estos gorriones le van a sangrar, amigo.

—No me queda sangre —le dije. La dama sonrió y se refregó un poco más con mis rodillas.

—Estoy segura de que tienes de todo y de sobra para mí.

—Sí, pero lo que tengo no va a ser tuyo porque probablemente ya has tenido mucho más que yo.

—¿Qué?

—Olvídalo.

Me miró a la cara un instante y desvió la mirada.

—No es muy sociable, señor.

—Lo sé. No quiero ser sociable. No lo he sido en los últimos seis meses y no pienso serlo en los próximos seis, si puedo evitarlo.

—Dime, ¿qué te reconcome? ¿Algún problema de faldas?

—Nunca he tenido problemas de faldas. Soy misántropo.

—¿El qué? —abrió los ojos como si tuviese algo contagioso. Se terminó la copa pero, le dijese lo que le dijese, no pensaba moverse.

Le dije:

—Lárgate.

Esta vez hizo medio mohín.

—Dime, ¿qué demonios te reconcome? Nunca había...

—No me gusta la gente. De ningún tipo. Cuando se amontona, todo se pone feo, sucio y peligroso. No me gus-

ta la gente, tú incluida. Eso es ser misántropo.

—Habría jurado que eres un buen tipo —dijo.

—No serías la primera. No lo soy. Aire, hermana.

Me lanzó la mirada que guardaba para ocasiones especiales y se marchó, dejándome beber solo. Era un lugarapestoso para pasar la noche, pero no había nada más en toda la manzana. El East Side no es el centro. Estaba allí sentado, mirando pasar las horas, esperando que parase de llover, pero la lluvia era tan paciente como yo. Caía de una forma casi maliciosa, un millón de dedos martilleando un tatuaje constante y exasperante en las ventanas, hasta que su firme insistencia se impuso a las conversaciones obscuras y los estridentes aullidos de la máquina de discos.

Al final se apoderó de todo el mundo, junto al olor de humedad. En la otra punta del local se inició una pelea que se extendió por todo el bar. Terminó cuando el camarero le atizó en la cabeza a un tipo con un palo de *hockey*. A otro tipo se le cayó la copa y lo echaron. La patata aficionada a restregarse ya había tenido suficiente, se había acercado a un tipo al que aún le quedaba algo de calderilla para que la velada fuese provechosa y se lo había llevado a casa, bajo la lluvia. Al tipo no le apetecía demasiado mojarse, pero la biología volvió a imponerse al sentido común.

Y yo me emborraché un poco. No mucho, solo un poco.

Lo suficiente para que a los cinco minutos tuviera la condenada certeza de que me iba a hartar de aquello e iba a empezar a echarlos a todos. Puede que hasta al camarero, si intentaba usar su palo de *hockey* conmigo. Así podría beber en paz y mandar al infierno a la lluvia.

Oh, me sentía muy bien, sencillamente genial.

Seguía mirando alrededor para ver por dónde empezaba, entonces se abrió la puerta y entró un tipo en mangas de camisa, calado hasta los huesos y tiritando. Llevaba un fardo en brazos, cubierto con el abrigo, y después de mirar el local como un conejo asustado fue hasta una mesa y dejó el fardo en la silla.

Fui el único que le prestó atención. Tiró un dólar sobre la barra, se bebió una copa de un trago y se llevó otra a la mesa. Seguía sin prestarle atención nadie. Quizá estaban acostumbrados a ver tipos llorando.

Dejó la copa y levantó el abrigo del fardo. Y menudo fardo. Era un bebé de aproximadamente un año profundamente dormido. Maldije para mí y encogí los hombros indignado. Lluvia, un bar, un bebé y un tipo llorando. Me puso más enfermo de lo que ya estaba.

No podía apartar la vista de aquel tío. Era un enclenque que parecía no haber tenido nunca suficiente para comer. Llevaba la ropa empapada, arrugada y pegada como una segunda piel. No podía ser mayor que yo, pero tenía arrugas profundas junto a la boca y los ojos, y los hombros muy caídos. Si había tenido algún objetivo en la vida, hacía mucho que había renunciado.

Pero no dejaba de llorar, maldita sea. Podía ver las lágrimas cayendo por sus mejillas mientras arrullaba al bebé y le hablaba demasiado bajo para que pudiera oírle. Se le hinchó el pecho con un sollozo y se tapó la cara con las manos. Cuando las apartó, se agachó y besó al niño en la cabeza.

De repente mi copa tenía un sabor repugnante.

Me giré para meter una moneda en la máquina de tabaco y no tener que verle, oí que su silla caía al suelo y le vi salir corriendo hacia la puerta. No llevaba nada en brazos.

Me quedé unos diez segundos parado, sujetando un paquete de Lucky. Algo me reptó por la espina dorsal y me hizo apretar los dientes y emitir un sonido que era una maldición contra este condenado mundo. Tiré a un borracho al suelo al doblar la esquina de la barra y abrí la puerta. La lluvia me azotó la cara, que era justo lo que quería. Alguien a mi espalda gritó que cerrase la puerta.

No tuve tiempo porque vi al tipo a media calle, una silueta vaga bajo la luz de las farolas, la abatida figura de un hombre que había llegado demasiado lejos y ya nada le im-

portaba un carajo. Pero había alguien a quien sí le importaba, en una berlina Buick que se apartó de la acera. El coche llegó hasta la luz con un rugido y oí la tos aguda de la pistola sobre el ruido de mis propios pasos en la acera.

Solo necesitaron dos disparos y el tipo cayó de bruces al suelo. Se abrió la puerta trasera del coche, otra sombra corrió hacia la luz y desde donde estaba solo pude ver que se agachaba y registraba al tipo caído con un movimiento fugaz de las manos.

Debería haber esperado, maldita sea. No debería haberle intentado disparar desde allí. El 45 no funciona a esa distancia. La bala rebotó en el pavimento y se estrelló contra el bloque de edificios. Aquel tipo lanzó un aullido de sorpresa y corrió de vuelta al coche, donde alguien le gritaba que se diese prisa. Estuvo a punto de conseguirlo, pero una de las balas rebotadas le atravesó una pierna y cayó entre gritos de dolor.

El otro no esperó. Pisó el acelerador, dio un volantazo tan fuerte como pudo y el tipo que gritaba como un loco en la cuneta se olvidó del dolor en las piernas el tiempo suficiente para lanzar un último alarido aterrizado antes de que las ruedas del coche convirtieran su cuerpo en una masa viscosa. Seguí disparando hasta que solo quedaron los ecos huecos de las descargas y fueron disipándose por el ruido del tubo de escape del coche.

Y allí estaba yo, junto al cadáver de un joven con dos agujeros en la espalda y el rastro seco de lágrimas en sus mejillas. Ya no parecía cansado. De hecho, parecía sonreír. Lo que quedaba del de la cuneta era demasiado repugnante para mirarlo.

Abrí el paquete de cigarrillos y me metí uno en la boca. Lo encendí, exhalé el humo y lo miré serpentear entre la lluvia. Aquel tipo no podía oírme pero le dije:

—Esta ciudad es un infierno, ¿verdad, amigo?

Una ráfaga de luz cortó el cielo para responderme.

Los coches patrulla tardaron dos minutos en llegar. Aparecieron desde ambos lados de la calle, aullando hasta detenerse bajo las luces, y los copilotos salieron antes de que el aullido de las sirenas se hubiese disipado por completo.

Uno llevaba una pistola en la mano. Y pensaba usarla. Me la apuntó directamente a la barriga y dijo:

—¿Quién es usted?

Apunté con el cigarrillo hacia la acera.

—Un testigo ocular.

El otro poli llegó por mi espalda y pasó las manos sobre mis bolsillos. Encontró la pistola, la sacó de la pistolera y olió el cañón. Por un instante pensé que me iba a golpear con ella, pero este poli llevaba lo bastante en el cuerpo para preguntar primero. Aunque la pregunta la hizo con la mirada.

—Mire en el bolsillo lateral —le dije.

Metió la mano en mi abrigo y sacó mi cartera. La placa estaba cosida a la solapa y mi licencia de detective privado y el permiso de armas dentro de un tarjetero. Los miró detenidamente, examinando la foto y mi cara.

—¿Mike Hammer, detective privado?

—Eso es.

Volvió a fruncir el ceño y me devolvió el arma y la cartera.

—¿Qué ha pasado?

—Este tipo entró en el bar hace unos minutos. Parecía muy asustado, se tomó dos copas y se marchó. Sentí curiosidad y salí tras él.

—Sintió curiosidad, con esta lluvia —dijo el poli de la pistola.

—Soy curioso por naturaleza.

El otro poli parecía molesto.

—Bien, continúe.

Me encogí de hombros.

—Salió corriendo y un Buick fue tras él. Le dispararon dos veces desde el coche, el tipo cayó y uno de los mato-

nes bajó del coche para registrarle; Disparé y le di en las piernas. Después el conductor que iba con él lo atropelló. Deliberadamente.

—¿Así que disparó? —me gruñó el de la pistola.

El otro poli le empujó hacia atrás.

—Guarda eso y llama al jefe. Conozco a este tío.

No tuvo mucho éxito.

—Demonios, ese tío está muerto, ¿no? Este rufián admite que ha disparado, ¿no? Demonios, ¿cómo sabemos si había un Buick o no?

—Ve a examinar ese cadáver —le dijo el otro poli pacientemente.

El joven de la pistola se la enfundó y cruzó la calle. Vomitó tras el primer vistazo y volvió al coche patrulla.

A la una de la mañana llegó Pat, con la única fanfarria de la parpadeante luz roja del coche patrulla. Le vi salir y subirse el cuello del abrigo para protegerse de la lluvia. Los polis le miraron cuando pasó junto a ellos, no podían hacer otra cosa. Un asesinato en aquel vecindario no era lo bastante importante ni interesante para atraer a los vecinos en plena tormenta, así que los policías se mantuvieron en posición de firmes hasta que su jefe les saludó con la cabeza.

El poli que me había registrado dijo:

—Buenas noches, capitán Chambers.

Pat me saludó y le llevaron a ver los dos cadáveres. Me quedé entre las sombras, fumando, mientras él se agachaba para mirar al de la acera. Cuando terminó su inspección, se enderezó, escuchó al poli un minuto y arrugó la frente en un gesto de perplejidad.

Mi cigarrillo voló en la noche y chisporroteó en la cuneta. Dije:

—Hola, Pat.

—¿Qué haces aquí, Mike? —los dos polis se me pusieron al lado. Les hizo un gesto con la mano para que se marchasen.

—Soy el testigo ocular.

—Eso he oído —tras Pat el poli diligente se lamió los labios, preguntándose quién demonios era y deseando que no mencionase cómo me había apuntado—. ¿De qué va esto, Mike?

—Ya lo ves. Sé lo mismo que tú.

—Sí —puso mala cara—. Mira, no me jodas. ¿Estás trabajando en un caso?

—Colega, de estarlo te lo diría y después cerraría el pico. No estoy en ningún caso y no sé qué demonios ha pasado. Dispararon a ese tío, yo le di al otro y el del coche lo remató.

Pat sacudió la cabeza.

—Odio las coincidencias. Sobre todo cuando estás en ellas. Tienes demasiado olfato para los asesinatos.

—Sí. Y este apesta. ¿Conoces a alguno de los dos?

—No. No llevan ningún documento de identidad.

La furgoneta del depósito de cadáveres llegó con el fofense y se detuvo a unos ciento cincuenta metros. Los muchachos bajaron y empezaron a limpiar aquel desastre, después de que se hubiese examinado y se hubiesen hecho las fotos. Fui hasta el medio de la calle y eché un vistazo al cuerpo aplastado en el firme.

Parecía un reloj de arena.

El miedo y el dolor habían convertido su cara en una máscara de muerte, pero la lluvia se había llevado la sangre, dejándolo de un pálido fantasmagórico que contrastaba con el asfalto. Tenía unos cuarenta y cinco años y era completamente anodino. Su ropa parecía cara, pero tenía un agujero en la suela de un zapato y necesitaba un corte de pelo.

El conductor de la furgoneta lo alumbró con una linterna y me mostró los dientes en una amplia sonrisa.

—Bonito, ¿eh?

—Sí, precioso.

—Bueno, tampoco es para tanto. Debería haber visto lo que encontramos la semana pasada. Un camión le había

pasado por encima y tuvimos que despegarlo de las ruedas. Cabía en una caja de zapatos.

—¿Duerme bien por las noches? —le dediqué mi peor mirada de asco.

—Claro, ¿por qué? —casi parecía sorprendido.

—Olvídelo. Vuelva a alumbrarle la cara.

Me hizo caso y esta vez lo miré de cerca. Rodeé el cadáver, eché un vistazo por el otro lado y le dije que podía apagar la linterna. Pat era una figura vaga en gabardina que me vigilaba atentamente. Dijo:

—¿Le conoces?

—Lo tengo visto. Un matón de poca monta, creo.

—El forense se acordaba de él. Fue testigo en una investigación forense hace unos doce años. Pertenece a la vieja banda de Charlie Fallon.

Miré a Pat y al cadáver. Aquel tipo me sonaba de algo que no conseguía precisar y no era de Fallon. Fallon había muerto por causas naturales más o menos al mismo tiempo que yo abría la agencia y todo lo que sabía de él provenía estrictamente de los periódicos.

—No, no consigo ubicarlo —dije.

—Lo identificaremos. Es una pena que no tuviesen la decencia de llevar algún tipo de documentación. El de la acera solo llevaba cuarenta centavos y la llave de un piso en el bolsillo. Este tenía un billete de cinco, dos de uno y nada más.

Asentí.

—El primero debía de tener un pavo. Se tomó dos copas en el bar antes de marcharse.

—Bueno, vamos a echar un vistazo. Quizá alguien lo conozca.

—No lo conocen —dije.

—Nunca se sabe.

—Bobadas. No lo conocían cuando entró, hazme caso. Solo se tomó dos copas y se marchó.

—¿Y por qué te pones tan nervioso? —tenía las manos metidas en los bolsillos y me miraba con los ojos entrecerrados.

—Déjalo.

—Y un infierno. Han asesinado a dos tipos y quiero saber qué demonios está pasando aquí. Te traes algo entre manos, ¿verdad?

—Sí —la manera en que lo dije hizo que volviese a fruncir el ceño.

—Habla, Mike.

—Volvamos al bar. Estoy tan harto de lo que pasa en esta ciudad que cada vez que salgo a dar una vuelta tengo que darme un baño.

La lluvia se detuvo momentáneamente, como si algo la hubiese sorprendido, y volvió a caer con toda la furia de que era capaz, maldiciéndome con sus millones de perdigones. Eché un vistazo a las dos hileras de casas y los puntos oscuros del pavimento en los que habían estado los dos cadáveres hasta un minuto antes, y me pregunté cuántos de los que había tras aquellas paredes y ventanas seguirían vivos al día siguiente.

Pat se alejó un momento, le dijo algo al forense y uno de los polis, y volvió conmigo a la acera. Saqué el paquete de Lucky, le di uno y miré su cara bajo la luz de la farola. Parecía impactado, como siempre que veía un cadáver.

—Esto debe exasperarte, Pat. No puedes hacer nada para evitar los problemas. Como esos dos de ahí atrás. Vivos un minuto y muertos al siguiente. Bonito, ¿eh? Los polis llegan para limpiar la sangre, pero no pueden hacer nada hasta que ya ha pasado. ¡Jesús, menudo sitio para vivir!

No me dijo nada hasta que entramos en el bar. Para entonces la mayoría de los clientes estaban tan borrachos que eran incapaces de recordar nada. El camarero dijo que aquel tipo había estado allí unos minutos, pero no podía decir gran cosa más. Pat se rindió a los cinco minutos y vol-

vió conmigo. Yo estaba sentado en la mesa del tipo, a punto de estallar, con el fardo a mi espalda, en un rincón.

Pat me miró fijamente un buen rato.

—¿Qué te reconcome, Mike?

Recogí el fardo y me lo coloqué sobre las rodillas. El abrigo se movió y el bebé recostó la cabeza sobre mi hombro. Tenía el pelo mojado. Pat se echó el sombrero hacia atrás y se mordió los labios.

—No lo entiendo.

—El muerto... el que pasó por aquí. Entró con el niño y lloraba. Oh, era realmente conmovedor. Casi me pone enfermo de lo conmovedor que era. Un tipo que llora a mares, le da un beso de despedida a su bebé y sale corriendo.

»Por eso despertó mi curiosidad. Pensé que estaba tan desesperado que estaba abandonando a su hijo. Ahora sé que no era eso, Pat. Ese tipo sabía que iba a morir, así que metió al niño aquí dentro, se despidió de él y fue al encuentro de su muerte. Bonita película, ¿verdad?

—Estás extrayendo muchas conclusiones, ¿no?

—A ver si a ti se te ocurren otras mejores. ¡Maldita sea, esto me vuelve loco! Da igual qué demonios haya hecho ese tipo, el que lo pagará es el niño. De todas las cosas repugnantes que pasan...

—Relájate, Mike.

—Claro, relajarme. Suena muy sencillo. Pero mira, si era su hijo y le quería lo suficiente para llorar, ¿qué va a ser del niño?

—Supongo que tendrá una madre.

—Sin duda —dije sarcásticamente—. Pero de momento no sabes ni quién era el padre. ¿Dejamos el bebé aquí hasta que lo identifiquéis?

—No seas tonto. Hay servicios sociales que se ocuparán de él.

—Genial. Menuda noche para el niño. Disparan a su viejo y le acogen los servicios sociales.

—No sabes si era su padre, amigo.

—¿Quién si no lloraría por el niño?

Pat me hizo una mueca pensativa.

—Si tu teoría de que ese tipo sabía lo que le esperaba es cierta, quizá lloraba por sí mismo, no por el niño.

—Bobadas. ¿Qué tipo de asesinato crees que es este?

—Por el vecindario y el tipo de personas implicadas diría que es un asunto bastante local.

—Quizá el asesino cree que pensarás eso.

—¿Por qué? —empezaba a mosquearse.

—Te he dicho que le atropelló deliberadamente, ¿no? ¿Por qué demonios tenía que hacerlo?

Pat sacudió la cabeza.

—No creo que lo hiciera a propósito.

—Vale, tío, tú estabas allí, no yo. Tú lo viste todo.

—Maldita sea, Mike, a lo mejor te pareció deliberado, pero yo creo que es una bobada. Es absurdo. Si viró como dijiste, quizá intentaba recogerlo de la cuneta pero calculó mal la distancia. Y cuando le atropelló ya era demasiado tarde para parar.

Solté una obscenidad.

—Vale, ¿qué opinas tú?

—El tipo estaba herido en las piernas. Podía hablar, el del coche no quería ser identificado y lo atropelló.

De repente sonrió y exhaló entre dientes con una risita.

—Qué listo eres. Yo pensaba exactamente lo mismo y quería saber si tú también lo veías igual.

—Vete al infierno —le dije.

—Sí, ahora mismo. Saquemos este niño de aquí. Voy a pasarme media noche despierto por esto. Vamos.

—No.

Pat se detuvo y se volvió.

—¿Cómo que... no?

—Lo que has oído. Me quedo con el niño... al menos por el momento. Se estará en una silla de la comisaría hasta mañana, esperando que los de servicios sociales vayan a buscarlo.

Puede que no fuera capaz de mantenerme completamente impertérrito o que Pat hubiese visto aquella expresión mía demasiadas veces. Apretó los dientes y supe que se revolvía bajo su abrigo.

—Mike —me dijo—, si estás pensando en emprender la caza del asesino, olvídate de ello ahora mismo. No pienso jugarme el cuello y el puesto por tus ideas disparatadas.

Hablé bajo y poco a poco, obligándole a escucharme atentamente para oírme bien.

—No me gusta lo que le ha pasado al muchacho, Pat. Los asesinatos no suceden así, sin más. Se piensan y se planean minuciosamente, y cualquier motivo que comporte asesinatos y un voluminoso Buick tiene que ser importante. No sé quién es este niño, pero cuando crezca sabrá que el que mató a su padre murió de un balazo en las tripas. Si esto tiene algún significado para ti, considérame en el caso. Me concedo a mí mismo el derecho de hacer un montón de cosas, incluido disparar al maldito asesino si consigo que desenfunde primero y parezca defensa propia.

»Puedes despotricar tanto como quieras. Dime que no me hará ningún bien. Dime que estoy interfiriendo con la tarea de la policía y te explicaré lo harto que estoy de cómo funcionan las cosas en esta ciudad. Vivo aquí, ¿sabes? Tengo todo el derecho del mundo de mantenerla limpia, aunque tenga que matar a unos cuantos cabrones para ello. Hay muchos que deberían estar muertos y me presento voluntario para hacer el trabajo que tú no puedes. Solo tienes que echarle un vistazo a los periódicos todos los días para ver cómo se pone la policía cuando la política puede condicionar a un agente. Echa un vistazo a los casos que tienes abiertos, como quién mató a Scottoriggio... o Binnaggio y su amigo en Kansas City... después mírame a los ojos, dime que esta ciudad no está descontrolada y te llamaré mentiroso.

Tuve que hacer una pausa y respirar hondo. El aire de mis pulmones era tan ardiente que me ahogaba.